

## **DOMINGO XIII – ORDINARIO (CICLO A)**

- 2 Reyes 4,8-11.14-16.** *Ese hombre de Dios es un santo; se quedará aquí.*
- Salmo 88.** *Cantaré eternamente las misericordias del Señor*
- Romanos 6,3-4.8-11.** *Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que andemos en una vida nueva.*
- Mateo 10,37-42.** *El que no toma su cruz no es digno de mí. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí.*

### **COMENTARIO A LAS LECTURAS**

---

Las lecturas de este domingo nos invitan a reflexionar sobre lo que significa ***ser verdaderamente discípulos de Jesucristo***. En un tiempo en el que tantas cosas se viven de manera provisional y condicionada, el Señor nos recuerda que el seguimiento cristiano exige una respuesta total, generosa e incondicional.

El Evangelio contiene algunas de las palabras más exigentes de Jesús: «*El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí*». A primera vista pueden parecernos duras. Sin embargo, Jesús no está despreciando el amor a la familia, que Él mismo ha querido y santificado. Lo que nos está enseñando es que *Dios debe ocupar el primer lugar en nuestra vida*.

Cuando Dios ocupa el primer lugar, todo lo demás encuentra su lugar adecuado. Pero cuando cualquier realidad —por buena que sea— ocupa el lugar de Dios, acabamos perdiendo el rumbo.

Por eso el seguimiento de Cristo no admite reservas ni condiciones. No podemos decirle al Señor: «Te seguiré, pero hasta aquí»; «Te obedeceré, pero en esto no»; «Confiaré en ti mientras las cosas me vayan bien».

El discípulo auténtico se entrega enteramente al Maestro.

Y aquí aparece una segunda enseñanza fundamental: *la grandeza de ser discípulos de Cristo*. A veces podemos acostumbrarnos a nuestra condición de cristianos y olvidar el inmenso regalo que hemos recibido. Hemos sido llamados por nuestro nombre. Hemos sido elegidos para conocer a Cristo, para escuchar su Palabra, para participar de sus sacramentos y para formar parte de su Iglesia.

No somos discípulos porque lo merezcamos, sino porque Dios nos ha amado primero. ¡Qué privilegio tan grande! Entre millones de personas a lo largo de la historia, el Señor nos ha concedido la gracia de conocerlo y seguirlo. La aclamación antes del Evangelio nos lo recordaba: somos «*linaje elegido, sacerdocio real, nación santa*».

No son palabras de orgullo humano, sino de gratitud. Hemos sido sacados de las tinieblas para caminar en la luz admirable de Cristo.

Por eso seguir a Jesús no es una carga, sino un honor; no es una pérdida, sino una ganancia; no es una renuncia estéril, sino el camino hacia la verdadera felicidad.

La primera lectura nos ofrece un hermoso ejemplo de otra característica del discípulo: **la hospitalidad**. La mujer de Sunem reconoce en Eliseo a un hombre de Dios. No se limita a admirarlo desde lejos. Le abre las puertas de su casa, le prepara una habitación, le ofrece descanso y acogida.

La hospitalidad bíblica siempre es mucho más que una cuestión de educación o cortesía. Es la capacidad de abrir espacio a Dios en nuestra vida acogiendo a quienes Él envía. También nosotros estamos llamados a vivir esa hospitalidad cristiana. No sólo abriendo las puertas de nuestras casas, sino también las puertas del corazón.

Acoger al que llega, escuchar al que necesita hablar, acompañar al que está solo, hacer sitio al que se siente excluido, recibir con cariño a quien busca a Dios. Son formas concretas de recibir al mismo Cristo. Por eso Jesús afirma: *«El que os recibe a vosotros, me recibe a mí»*.

Finalmente, san Pablo nos recuerda el fundamento de toda vida cristiana: **la vida nueva en Cristo**. Por el bautismo hemos sido incorporados a la muerte y resurrección del Señor. No somos simplemente personas que intentan portarse bien. Somos hombres y mujeres transformados por la gracia. Cristo ha muerto al pecado y ha resucitado para una vida nueva. Y nosotros participamos ya de esa vida.

Por eso el cristiano no puede vivir instalado en el pecado, en el resentimiento, en la desesperanza o en la mediocridad espiritual. Hemos sido llamados a una existencia nueva.

Cada día estamos invitados a morir al egoísmo para vivir en el amor; a morir al orgullo para vivir en la humildad; a morir a la indiferencia para vivir en la caridad; a morir al pecado para vivir para Dios.

Esta vida nueva se alimenta especialmente en la Eucaristía. Cada vez que participamos en la Santa Misa, Cristo nos fortalece para seguirlo con fidelidad, para cargar con nuestra cruz y para vivir como auténticos discípulos suyos.

Pidamos hoy al Señor la gracia de seguirlo sin condiciones, de valorar el inmenso privilegio de ser sus discípulos, de practicar una hospitalidad generosa y de vivir cada día la vida nueva que hemos recibido en el bautismo.

Que la Virgen María, la primera y más perfecta discípula, nos enseñe a decir como ella un sí total y confiado a la voluntad de Dios.

## **SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR**

---

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿Qué significa para mí poner a Jesucristo en el primer lugar de mi vida? ¿Ha habido momentos en los que seguir al Señor me ha exigido renunciaciones, esfuerzo o confianza especial? ¿Soy consciente de la gran gracia que supone ser cristiano y discípulo de Jesús? ¿Qué dones de Dios valoro más en mi vida: la fe, el bautismo, la oración, la Eucaristía, la comunidad cristiana...?

La mujer de Sunem acogió al profeta con generosidad. ¿Cómo practico hoy la hospitalidad y la acogida? ¿A quién me invita el Señor a abrirle las puertas de mi casa, de mi tiempo o de mi corazón?

San Pablo habla de la "vida nueva" recibida en el bautismo. En esta etapa de mi vida, ¿qué aspectos siento que el Señor me sigue llamando a renovar, mejorar o transformar para parecerme más a Cristo?

## **PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL**

---

---

---

---

---